

los. Para entonces, ya en el Hospital General de Poitiers había dedicado una sala con el nombre de «la Sabiduría», y como símbolo o como encarnación de ella había hecho poner una gran cruz y escrito en su pie y en sus brazos todo lo que la cruz significa de dolor, de pobreza, de humillación, con una inscripción en el travesaño, que decía: «Si os avergonzareis de la cruz de Jesucristo, El se avergonzará de vosotros delante de su Padre».

Aquella sala venía a ser como la cuna de las que él llamó «Hijas de la Sabiduría». La Sabiduría para él no era otra cosa que Jesucristo crucificado o simplemente su cruz.

Acaso la misma factura del libro, lleno en buena parte de largas citas de la Escritura, sobre todo del Antiguo Testamento, pudiera también indicar que se trata de la primera obra que estampa la pluma de Montfort.

\* \* \*

Para los lectores españoles, el título mismo no deja de presentar cierta extrañeza. Nada hay en la literatura ascética y mística de España que lleve título parecido. En definitiva, el libro se endereza a fomentar el amor de Jesucristo crucificado y de su cruz. Los ascetas y místicos españoles nos hablan directamente así: «De la imitación de Jesucristo», «Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Jesucristo», «Historia de la pasión de Jesucristo», «Trabajos de Jesús» ... No quitará eso para que entre los motivos de amar al Hijo de Dios hecho hombre y muerto en la cruz, se estudie la excelencia del Verbo, de la Sabiduría del Padre, que se anonadó a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Montfort planta esa idea en el título mismo de su libro: El amor de la Sabiduría eterna. En el texto nos dirá que esa Sabiduría a quien hemos de amar es, sí, la Sabiduría eterna, consustancial al Padre; pero añadirá en seguida que esa Sabiduría es la Sabiduría encarnada, Jesucristo crucificado; y en Jesucristo crucificado nos hará ver sobre todo la cruz.

\* \* \*

Se ha clasificado a Montfort entre los discípulos de Berulle. Y era natural que el fundador del Oratorio y de la Escuela espiritual francesa influyera en él directamente por sus escritos y, además, porque su espiritualidad había pasado con Olier a la Congregación de San Sulpicio; en cuyo ambiente vivió Montfort durante los ocho años de preparación inmediata al sacerdocio. Pero, si se me permite decir francamente mi sentir, en la parte nuclear del Amor de la Sabiduría, como en casi todos los demás escritos del Santo, más que a la apropiación o aplicación de los sentimientos internos, de los misterios, de los estados de Jesús; más que a la adherencia o adhesión a esos estados, que parecen ser las características de la escuela beruliana, Montfort lleva directamente las almas a la imitación de Jesucristo crucificado, empujándolas a abrazarse con sus dolores, con sus desprecios, con sus deshonras, con su cruz. No puede olvidarse que Montfort hizo muchas veces, en casas de la Compañía y con Padres de la Compañía, los ejercicios espirituales de San Ignacio. Y tampoco se ha de olvidar que, entre sus

libros espirituales, se cuenta el de la Imitación de Jesucristo, que cita repetidas veces. Uno de sus últimos biografos, el P. Luis le Crom, montfortiano, supone que durante la estancia en el cuartucho de la calle de Pot-de-Fer, cercano al noviciado de los jesuitas, el Santo podía consultar (de hecho consultó cuando componía su libro) la obra famosa del P. Saint Jure De la Connaissance et de l'Amour du Fils de Dieu, notre-Seigneur Jésus-Christ. Y aunque también Saint Jure, en obras posteriores, aparece influido por el espíritu beruliano, pero en ésta, que es la primera que escribió y publicó, se mantiene siempre dentro de la orientación de los ejercicios espirituales de San Ignacio.

\* \* \*

Indudablemente, según hemos dicho, al componer su libro El amor de la Sabiduría, Montfort tiene a la vista la obra de Saint Jure, puesto que copia a la letra varios pasajes extensos y toma de ella varias citas de Santos Padres y autores eclesiásticos.

¿Se inspira también en ella para valerse de los pasajes que en los libros sapienciales celebran las excelencias y enseñanzas de la Sabiduría eterna? Pudiera ser, supuesto el dato anterior; pero una vez que el Santo enfoca su estudio con el nombre de la Sabiduría, era natural que acudiera a esas fuentes.

\* \* \*

Sería interesante averiguar de dónde nace la predilección que siente Montfort por el concepto y por la expresión «Sabiduría».

Indudablemente, la época en que el Santo trabaja (fines del siglo XVII y principios del XVIII) es en Francia una época sabia. Es el reinado de Luis XIV (1643-1715). Instituciones sabias son la Sorbona, desde antiguo, y de fundación reciente, el Oratorio, San Sulpicio, Port-Royal. Manifestaciones espléndidas de sabiduría, en el fondo y en la forma, son las elucubraciones y discursos de los Bossuet, los Fenelón, los Bourdaloue, los Massillon. Las mismas interminables discusiones jansenistas son, sin duda, muestras de la elaboración filosófica y teológica que por entonces agita los espíritus, y no sólo en la primera fase del jansenismo -del Augustinus, de Jansenio; de Saint Cyran y del gran Arnault-, sino también en la segunda, que es la que vive Montfort, en que salen a luz y se discuten apasionadamente, antes y después de su condenación, las Reflexiones morales del antiguo oratoriano Pascasio Quesnell.

Florece, pues, en la Francia de Montfort una indudable sabiduría: una Sabiduría de las escuelas, y otra, o la misma, ataviada con el ropaje de la elocuencia y de las letras, que se ostenta por todas partes; es una sabiduría católica y también una sabiduría heterodoxa. A distancia de dieciséis siglos pudiera decirse que el París donde vive Montfort reproduce en cierto aspecto la vida de la Atenas y del Corinto en que San Pablo anuncia por primera vez la buena nueva, el Evangelio de Jesucristo. Atenas y Corinto son ciudades totalmente paganas. París es ciudad cristiana. Y a no dudar, hay en ella almas